PRODIGIOS EUCARISTICOS

Seleccionados, ordenados y adaptados

por

FRAY ANTONIO CORREDOR GARCIA
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA

ISBN: 84.7770-071-0
D.L.: Gr. 1750-2002
Impreso en España
Printed in Spain

Apariciones

Dios ha rodeado la Eucaristía de una corona de milagros que, como corona de soles, descubran hasta a los ciegos la real presencia de Jesucristo.

Los "milagros eucarísticos", a través de veinte siglos de historia de la Iglesia, constituyen un hecho innegable y de inmenso valor apologético.

Tales "milagros" han sido atestiguados a veces por centenares y aun millares de personas, confirmados incluso por incrédulos y enemigos, que se han convertido con frecuencia ante ellos a la verdadera fe. Y, sobre todo, la Iglesia ha ordenado siempre la correspondiente investigación sobre los mismos, aceptando sólo los que resistían un examen riguroso y científico, y rechazando los que aparecían como imposturas o alucinaciones populares.

* * *

Es cierto que Jesucristo se ha aparecido visiblemente en la Sagrada Hostia en muchas ocasiones.

* * *

Un día a San Luis, rey de Francia, le fueron a decir que en manos de un capellán suyo que estaba ce-

TOMÁS PORTO

lebrando Misa, había aparecido un hermosísimo Niño Jesús. Pero el Santo respondió: "Vayan a verlo los que no crean, que yo lo veo todos los días con los ojos de la fe".

* * *

San Pedro de Alcántara celebraba la Misa con tal devoción que era frecuente que la Hostia consagrada se convirtiera en un Niño Jesús resplandeciente. Diose cuenta de ello el monaguillo, y dijo a su madre que no quería ir a ayudarle más la Misa al Santo, porque veía que se comía cada vez a un niño y quizá algún día se comería a él también.

Este testimonio veraz y sencillo de un niño, descubrió el prodigio que Dios obraba con su santo siervo Pedro de Alcántara.

* * *

A Santa Margarita de Alacoque se le apareció el Señor muchas veces en la Sagrada Hostia, ya desde su más tierna edad, manifestándole las riquezas y los anhelos de su Divino Corazón. *(Breviario en la fiesta del Sagrado Corazón).*

* * *

El venerable padre Bernardo de Hoyos, al emitir sus primeros votos el 21 de julio de 1728, vio a Jesús en la Sagrada Forma, muy afable, como en un trono, oyéndole la fórmula de su profesión.

* * *

San Eduardo, rey de Inglaterra, Santa Angela de

Foligno, San Felipe Neri, por no citar sino los hechos más seguros, obtuvieron la misma gracia.

* * *

Santa Gema Galgani lo veía muchas veces, ya en forma de niño, ya cubierto de llagas como en el Calvario, ya mostrando su divino Corazón.

Niño preservado del fuego

Era costumbre en Constantinopla, cuando se quería renovar la Santa Eucaristía, dar a manera de Comunión, a los niños inocentes, las partículas consagradas que restaban en el copón. El historiador Nicéforo asegura que él mismo fue llamado muchas veces en su infancia para comulgar de este modo.

Un día que fueron llamados con tal objeto algunos tiernos escolares, encontróse entre ellos un pequeño judío que comulgó con sus compañeros. Su padre, vidriero de profesión, quiso saber por qué había tardado en volver a casa; y, habiéndose informado de que acababa de recibir la Eucaristía, se encolerizó de tal manera que le arrojó a un horno encendido.

Nada supo la madre, que, consternada, ignorando el paradero de su hijo, hacía oír en toda la casa su voz.

Mas al cabo de tres días, cuando pasaba inconsolable junto a aquel horno, sorprendióse al oír la voz del niño. No atinaba, desde luego, a explicarse de dónde podía salir la voz. Abre el horno y ve a su pro-

pio hijo, sano y salvo, sin que el fuego le hubiera causado el menor daño.

Lo saca y pregunta cómo es que no ha sido consumido por las llamas. "Una señora vestida de púrpura, respondió él, se me apareció y, derramando agua en mi alrededor, extinguió el fuego y me ha alimentado todo este tiempo".

La ciudad entera fue instruida en este prodigio.

La madre y su hijo abrazaron la fe católica; mas el padre, obstinado en no creer, fue castigado por su crimen el año 552 de Nuestro Señor Jesucristo.

Un milagro semejante a éste ocurrió en Bourges, en el año 560.—*(Evagre, Baronio, Simmonet).*

Las Santas Hostias y las espigas

Vivía en la ciudad de Seleucia (Asia Menor) un rico mercader, lleno de temor de Dios y, sobre todo, dotado de un buen natural, pero que, habiéndose dejado sorprender por su buena fe, desertó de las filas cristianas, pasando al cisma de los Severianos.

Entre sus criados se encontraba uno que, a pesar de la fidelidad y respetos hacia su amo, no se atrevió a seguirle en el error, y de ahí que continuaba practicando los preceptos y costumbres de nuestra Religión católica.

En el día de Jueves Santo, recibió el criado el Pan eucarístico; y parte de él, según usos de aquellos tiempos, llevó a su casa con el fin de comulgarlo por sí mismo; envolviéndolo en un blanco lienzo, depositó el Pan sagrado en un armario.

Sucedió, pues, que, teniendo que hacer un viaje

a Constantinopla, dejó por olvido las santas partículas de la Eucaristía en su morada, entregando la llave del armario al amo. Abrió éste cierto día aquél y, viendo dentro de él un lienzo doblado con exquisito cuidado, acuciado por la curiosidad, se puso a desplegarlo. Grande fue su asombro al ver en él la Sagrada Forma y, animado de un profundo respeto, no osó tocar por entonces aquel preciado tesoro y, cerrando el armario, esperó a que el siervo tornara de su viaje a Constantinopla.

Llegó un segundo Jueves Santo y el criado no había llegado aún; entonces el amo resolvió quemar las Hostias. Mas, ¡cuál no sería su asombro, cuando halló, en vez del Sagrado Pan, tallos vigorosos coronados por espigas de color más subido que el oro! A la vista de un prodigio tan extraño y nunca oído, entró dentro de sí, poniéndose a considerar que, efectivamente, se hallaba, aunque de buena fe, en el error y que era verdad la doctrina sobre la presencia de Jesucristo en el Pan eucarístico.

Renaciendo la fe en su corazón, tomo con reverencia aquellas Hostias, junto con las espigas doradas florecidas sobre aquéllas, y corrió a la iglesia para convertirse, como otro Zaqueo con toda su familia, a la verdadera religión. El ruido de su conversión atrajo igualmente a la fe a otros muchos herejes.

Lanciano

La fe y la ciencia no solamente no son incompatibles, sino que se hermanan perfectamente. Jamás ninguna verdadera sentencia científica se opondrá de ver-

TOMAS PORTO

dad a la Revelación. Con esto afirmamos al mismo tiempo que la ciencia humana, maravillosa en sus conquistas, jamás tampoco abarcará el contenido de la fe. En definitiva, la ciencia también viene de Dios al descubrir los misterios y procesos de la naturaleza, creada por el poder omnipotente y definitivo del Señor.

Indudablemente la Sagrada Eucaristía es la síntesis de toda la obra de Dios. Y en la Eucaristía la Iglesia tiene su secreto, su cielo y su esperanza. En la Eucaristía está realmente presente el mismo Jesucristo en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Así consta en los Evangelios y en las definiciones infalibles de la Iglesia. Y he aquí que ahora, en nuestros días, la ciencia viene a ofrecer un argumento más en favor de la Eucaristía. El hecho es el siguiente. En Lanciano, pequeña población italiana situada a cuatro kilómetros de la autopista de Peschara-Bari, hay una iglesia dedicada a San Longino. En el siglo VIII, un monje de la Orden de San Basilio, después de la Consagración, padeció una fuerte tentación contra la Presencia Real de Jesucristo en la Eucaristía. De pronto sus ojos contemplan la maravilla. La Sagrada Hostia se convierte en un pedazo de Carne y el Sanguis en coágulos.

Como decimos, han pasado doce siglos, o sea, 1.200 años. Hay un relicario que contiene la Sangre y la Carne del milagro y se adoran en la iglesia de San Francisco, de Lanciano. El 18 de noviembre de 1970, los frailes menores conventuales, con autorización de la Santa Sede, confiaron a los profesores Linoli y Bertelli, este último de la Universidad de Siena, el análisis de tales reliquias. El 4 de marzo de

1971, estos profesores dictaminaron sus conclusiones, que han sido publicadas en muchas revistas científicas y en la obra de Bruno Sammaciaccia, titulada «Il Miracolo Eucarístico di Lanciano», traducido ya al francés.

Los principales caracteres del análisis se pueden sintetizar así:

—La Carne es verdaderamente carne, la Sangre es verdaderamente sangre.

—Ambas pertenecen a una persona humana.

—La Carne y la Sangre son de una persona VIVA.

—La Carne y la Sangre son del mismo grupo sanguíneo (AB).

—El diagrama de esta sangre corresponde al de una sangre humana que habría sido extraída de un cuerpo humano EN EL MISMO DIA.

—La carne está constituida de tejido muscular del CORAZON (miocardio).

—La conservación de estas reliquias, dejadas en su estado natural durante siglos y expuestas a la acción de agentes físicos, atmosféricos y biológicos, es un fenómeno extraordinario e inexplicable.

—Si se pesan los coágulos de sangre —y todos son de grosor diferente—, cada uno de entre ellos pesa exactamente el peso de los cinco coágulos reunidos.

Estas son las conclusiones de los profesores Odoardo Linoli y Ruggero Bertelli, con la colaboración de otros eminentes científicos. En el libro de Bruno Sammaciaccia hay una información exhaustiva de los análisis y una documentación fotográfica de 26 clisés. Dios se complace en presentar ante nuestra generación algo realmente incontestable, para reafirmar nuestra fe en la Eucaristía, tal como Jesucristo insti-

tuyó y las enseñanzas dogmáticas de la Iglesia confirman. En la Eucaristía está el mismo Jesucristo. Y en la Eucaristía está el corazón de toda la fe y de nuestra inmortalidad. En Lanciano, a la vista de cualquier hombre, está una evidencia que rubrica el Evangelio y toda la enseñanza católica.

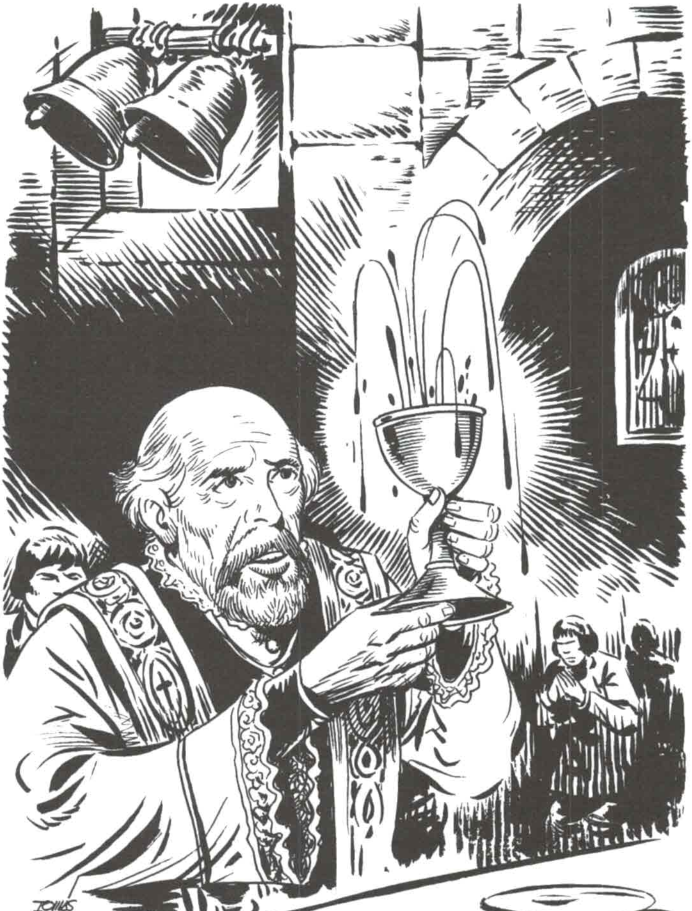
El milagro de Lanciano, en plena actualidad, demuestra científicamente que el Evangelio es verdad indiscutible. Como afirma el sabio doctor Michele Villette, en un telegrama al profesor Linoli: «La exclamación: Y EL VERBO SE HIZO CARNE, se perpetúa hasta nosotros en el milagro de Lanciano, permitiendo *después de doce siglos* que la ciencia rinda un testimonio a la realidad del Sacrificio Eucarístico». Seamos cristianos consecuentes con lo más real del mundo: CRISTO PRESENTE EN LA EUCARISTIA.

("María entre nosotros", n.º 143).

La Santa Duda de Iborra

A un cuarto de hora del pueblo de Iborra, situado en la comarca de Segarra y en el obispado de Solsona, hay una antiquísima capilla llamada de Santa María, la cual, hace ya diez centurias, fue teatro de un prodigio eucarístico muy singular y extraordinario.

Mientras celebraba el santo Sacrificio de la Misa, un día del año 1010, el reverendo Bernardo Oliver, rector de dicha capilla, en el momento de pronunciar las palabras de la consagración sobre el cáliz,



le asaltó una fuerte tentación de duda referente a la presencia real de Jesucristo en el vino consagrado.

Fuese que el sacerdote no rechazase la tentación con la prontitud debida, o que Dios se sirviera de ella para confirmar una vez más la verdad del dogma de la transubstanciación, con un prodigio de su omnipotencia, el caso fue que comenzó a brotar del cáliz una fuente de Sangre tan abundante y copiosa que, derramándose, empapó los corporales y no paró hasta esparcirse por el pavimento de la capilla. No hay palabras para explicar la turbación del sacerdote celebrante y la admiración de los asistentes al santo Sacrificio de la Misa, delante de un prodigio tan sorprendente.

La noticia corrió enseguida por todo el pueblo y algunas piadosas mujeres se apresuraron a empapar en aquella Sangre milagrosa lo primero que tuvieron a mano, que fueron unas pobres estopas.

Mientras esto ocurría dentro de la capilla, las campanas, en lo alto de la torre, comenzaron a repicar solas, como para dar a todo el contorno tan grande y prodigiosa nueva.

Entre los muchos que acudieron a presenciarla, estuvo San Ermengol, Obispo de Urgel, que entonces estaba casualmente en Guisona. Este Santo, después de informarse bien de todas las circunstancias, no pudo menos de reconocer que se trataba verdaderamente de un hecho sobrenatural y divino. Deseoso de proceder con toda la discreción y prudencia que la Iglesia, nuestra Madre, acostumbra a emplear en casos semejantes, recogió parte de aquella Sangre preciosísima y se encaminó hacia Roma, para dar cuenta de ello al Padre Santo, que era entonces Sergio IV.

El Papa escuchó sorprendido y admirado la auténtica y verídica relación que le hizo el santo Obispo, y después de aprobar la conducta de San Ermengol y de autorizar el culto de aquella Sangre prodigiosa, quiso corresponder al rico presente que se le hacía y regaló al Santo diferentes y preciosas reliquias, entre ellas una espina de la corona de nuestro Redentor Jesús.

Estas reliquias, juntamente con los corporales tintos en aquella Sangre milagrosa, que todavía se conservan y veneran en Iborra, son objeto de dos fiestas, que se celebran anualmente en memoria perenne de aquel prodigio: la primera, el Domingo de Pasión, y la segunda, el día 16 de agosto, ambas con gran solemnidad.

Comprueban, además, la verdad de este hecho un documento antiquísimo, copia auténtica de la bula que el mencionado Papa Sergio IV dio el año segundo de su pontificado (1010), autorizando el culto y la veneración de la prodigiosa reliquia, y un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, firmado en 27 de junio de 1868, confirmando dicha autorización.

(Entre los varios autores modernos que hablan de este hecho, merece citarse a don Emilio Moreno Cebada, presbítero: *Glorias religiosas de España,* tomo II, página 459).

La Santa Lágrima

En un valle encantador, a algunas leguas de Dijón, sobre una escarpada roca, se levantaba el casti-

llo de Marigni, del cual quedan hoy solamente las ruinas.

En tiempo de la primera Cruzada, en 1099, el castillo pertenecía a un joven señor, Guillermo de Marigni, que respondió con entusiasmo al grito de Pedro el Ermitaño. Triste, pero lleno del heroísmo de un alma que no escucha sino el deber, dejó su joven esposa y sus tiernos hijos, con el deseo de librar del yugo musulmán a los cristianos de Palestina y el Santo Sepulcro. El resultado de esta generosa empresa fue feliz: Jerusalén fue libertada y el Santo Sepulcro devuelto a la piedad de los fieles y a la veneración del orbe católico.

El día de la batalla de Ascalón, que abrió al ejército cristiano el camino de Jerusalén, un gran número de musulmanes fueron hechos prisioneros y se los condujo a la ciudadela de Sión, donde un anciano solitario, que había establecido su vivienda cerca de la gruta de la Agonía, iba todos los días a consolarlos para suavizar su cautiverio y animarlos con palabras de fe cristiana para lograr su conversión. Pero el mahometano tiene en su corazón un odio profundo a todo lo que se relaciona con el cristianismo, de manera que aquellos desgraciados persistían en sus errores.

De noche, el piadoso ermitaño elevaba sus fervorosas súplicas al Señor, acompañadas de lágrimas y de ásperas penitencias. Ocurriósele un día conducir a sus prisioneros a la cumbre del Calvario y ofrecer el divino Sacrificio delante de ellos en el lugar donde Cristo murió por todos los hombres.

Arrastrados por el deseo de abandonar por algunos instantes su prisión, los cautivos aceptaron la in-

vitación. El santo solitario celebró con el mayor fervor los divinos Misterios y trató de arrancar al Cielo la conversión de aquellos infieles, y ¡oh prodigio!, en el momento solemne de la elevación, cuando con sus manos trémulas elevaba la Hostia Santa, los ojos maravillados de los hijos del desierto vieron en su lugar un tierno niño de extraordinaria belleza, cuyo cuerpo divino brillaba como el sol. Y cuando, a su vez, el sacerdote levantó sobre su cabeza el cáliz de cristal, apareció lleno de una sangre roja que resplandecía también. En el momento de la Comunión el niño se ocultó a la vista, y sólo se vieron las apariencias del pan; pero la sangre preciosa quedó sin velo y el sacerdote llevó a sus labios la copa de la divina bebida. Por respeto al prodigio no purificó el cáliz, y una gota de la sangre divina quedó en el fondo de él.

La vista de este prodigio acabó en las almas la obra que comenzara el ermitaño, y aquellos afortunados infieles abandonaron el error, y sus almas fueron regeneradas por el bautismo y convertidas a la verdadera fe. La reliquia milagrosa se llamó la *Santa Lágrima.*

Cuando Guillermo de Marigni volvió a Francia, obtuvo del Patriarca de Jerusalén el favor de llevar consigo la Santa Lágrima, que colocó con honor y piedad en la capilla de su castillo, donde las poblaciones del contorno no tardaron en rodearla de un culto fervoroso y siempre creciente. Todos los años, el Martes de Pentecostés, se sacaba la insigne reliquia del tesoro donde se la conservaba y se exponía a la devoción de los fieles, que en gran número acudían a contemplar y venerar la gota de sangre, a través del lím-

pido cristal, y certificar que se conservaba siempre roja y fresca como en la mañana del milagro.

Un milagro del Corpus en Zamora

Esto que, como verá el curioso lector, tiene un aire de romance, sucedió en Zamora. Era el año 1158. León, circunstancialmente separado de Castilla, era regido por Fernando II, que por aquellas fechas fundaba la Orden Militar de Santiago, tal como su hermano Sancho II fundaba en Castilla la Orden de Calatrava. Tiempo ya de prepotencia de los nobles, de caballerescos ideales, pero también propincuo a vejaciones por abuso de poder.

No debían ir del todo bien las cosas en Zamora cuando, por un quítame allá esas pajas, se armó una zarabanda regular entre nobles y plebeyos, conocida con el expresivo remoquete de "motín de la trucha". Un modesto zapatero remendón estaba en el mercado regateando el precio de una trucha, cuando llegó el despensero de un señor principal llamado Gómez Alvarez, que reclamó el pez para su amo. Protestó el zapatero, alegando prioridad; siguió terne el otro y, al griterío de la discusión, un remolino de curiosos —pícaros, buhoneros de feria, escuderos y peones— empezó a tomar cartas en el asunto. De las voces a los insultos, de los insultos a las cuchilladas, se organizó, en menos que canta un gallo, una batalla campal, con heridos y hasta muertos. Las campanas tocaron alarma, cuando ya los sediciosos se desparramaban por las calles en son levantisco, gri-

tando desafueros y enarbolando garrotes y utensilios contundentes.

Las cosas, siquiera graves, hubieran quedado ahí si el estirado Gómez Alvarez —tras de quedarse sin la trucha— no hubiera jurado tomar venganza, aunque fuera mandando a la horca a medio pueblo. Para tomar resoluciones fulminantes, los nobles se reunieron en la iglesia de San Román. Pero el populacho, con la insolencia de una bestia herida, cerró las puertas y, con paja, leña y alquitrán, prendió fuego al recinto sagrado.

Mientras el templo ardía y se derrumbaba con los reunidos dentro, la plebe, dueña de la ciudad, se lanzó a toda suerte de vandalismo, saqueando e incendiando también la casona de Gómez Alvarez. Después, los amotinados abandonaron la ciudad y, armados como iban, se fueron a acampar cerca de la raya portuguesa. Desde allí cursaron correos al Rey en petición de clemencia.

El lance había resultado una Fuenteovejuna anticipada y la Curia debió de estimar tan enmarañado el tanto de crímenes por ambas partes, que sólo cabía un pacto —para no añadir sangre a la sangre—, propuesto por el propio gobernador de Zamora, Ponce de Cabrera, que había perdido un hijo en la lucha.

Llegó el perdón general concedido por el rey Fernando, a condición de que el Papa perdonara el sacrilegio. El Papa Alejandro III exigió por ello la inmediata reedificación de la iglesia incendiada, que desde entonces tomó el nombre de Santa María la Nueva.

En cuanto a Dios —protagonista siempre de la Historia—, aquí viene lo inefable. Mientras por los cua-

tro costados ardía la iglesia de San Román, la Hostia del Tabernáculo se había elevado milagrosamente por los aires y, sin ser tocada por las llamas, fue a refugiarse en el sagrario de un cercano convento. Dios no quiso que a un sacrilegio se uniera el otro más horrendo, de que pereciera el real y verdadero Corpus Christi. Dios también había perdonado.

Acaso por tan señalado hecho, la fiesta del Corpus en Zamora se vista de tanta solemnidad, cuando el carro triunfante del Señor, con su custodia de plata y pedrería, recorre las antañonas rúas de la evocadora y noble ciudad de doña Urraca.

(Lope Mateo)

El zumbido de las abejas

En una pequeña ciudad de Polonia, en el siglo XIII, acaeció un hecho prodigioso.

Un hombre muy pobre poseía una colmena en los suburbios de la ciudad. Es posible que, con el dinero que obtenía con la venta de la miel que fabricaban las laboriosas abejas, podría obtener un poco de pan. Todos los días acudía a contemplar la actividad de las abejas de sus colmenas, y se maravillaba viendo cómo recorrían los campos en busca del néctar de las flores, que convertían en miel dulce y sabrosa.

Un día se dio cuenta que, en el interior de una de sus colmenas, ocurría algo extraordinario. Se oía un rumor muy suave, como si el agua de una fuente cris-

talina se deslizara sobre el verde césped. Esta dulce melodía iba repitiéndose durante el día.

El labriego, cada vez que oía ese rumor, se preguntaba qué es lo que ocurría en el interior de la colmena. Una noche se hallaba cerca del colmenar y vio son asombro que, sobre la colmena misteriosa, había grandes resplandores. Sorprendido se acercó a la colmena y oyó un extraño rumor. "Cómo es posible, exclamó, que las abejas zumben de noche. Cuando las sombras de la noche envuelven la tierra, no se percibe cerca de las colmenas ni un zumbido".

El labriego fue a visitar al Obispo de su diócesis para explicarle lo que había visto. El señor Obispo, para cerciorarse de si era cierto, acudió al lugar donde estaba el colmenar, y vio también los intensos resplandores sobre la colmena. Al día siguiente se dirigió al colmenar, acompañado de algunos sacerdotes y de numeroso pueblo y ordenó que fuese abierta la colmena. ¡Oh, prodigio! ¿Sabéis lo que había en su interior? Una Custodia de cera blanca, labrada con gran primor y delicadeza. En la Custodia estaba el Santísimo Sacramento, y a su alrededor revoloteaba un enjambre de abejas.

El señor Obispo tomó la Sagrada Hostia y, acompañado del clero y del pueblo, la llevó a la iglesia. Nadie supo explicarse por qué el Santísimo Sacramento se hallaba en una colmena.

En el mismo lugar donde se hallaba el colmenar, construyóse una capilla. Fue tanta la fama de esta capilla, que desde muy lejos acudían los enfermos para implorar la misericordia de Dios, y muchos de ellos regresaban a sus hogares completamente curados.

Todo se supo: Unos ladrones, después de haber

hecho un robo sacrílego, se arrepintieron y echaron el viril en la colmena.

La ovejita de San Francisco de Asís

Leyendo la vida de San Francisco de Asís, se admira el imperio que tuvo sobre los animales y aves del cielo, y se reconoce ser un don de los muchos que le fueron otorgados por su insigne santidad y heroicas virtudes.

San Buenaventura refiere que, cierto día, estando el Santo en el convento de Nuestra Señora de los Angeles, una persona tuvo a bien regalarle una ovejita, y la recibió con mucho agradecimiento, porque le complacía ver en ella la imagen de la mansedumbre.

Después de recibida, mandó San Francisco a la ovejita que atendiese a las alabanzas que se tributaban a Dios y no turbase la paz de los religiosos con sus balidos. El animal, como si hubiese entendido al siervo de Dios, observaba con fidelidad su mandato, pues tan pronto como oía el canto de las divinas alabanzas en el coro, se aquietaba, y si alguna vez se metía en la capilla, quedábase inmoble en un rinconcito sin causar la menor molestia.

Pero el prodigio era ver cómo después del rezo divino, si se celebraba el santo Sacrificio de la Misa, al tiempo de elevar el sacerdote la Sagrada Hostia, la ovejita, sin ser enseñada de nadie, se ponía de pie e hincaba las rodillas en señal de reverencia a su Señor.

San Francisco de Asís murió en el año 1226, y la Iglesia le conmemora el día 4 de octubre.

(San Buenaventura, *Vida de San Francisco de Asís).*

El milagro de la mula

Predicaba San Antonio de Padua en Rímini. Allí los herejes patarinos habían desfigurado el dogma de la presencia real, reduciendo la Eucaristía a una simple cena conmemorativa.

Antonio, en su predicación, ilustró plenamente la realidad de la presencia de Jesús en la Hostia Santa. Mas los jefes de la herejía no aceptaban las razones del Santo e intentaban rebatir sus argumentos. Entre ellos, Bonvillo, que era el principal y se hacía el sabihondo, le dijo:

—Menos palabras; si quieres que yo crea en ese misterio, has de hacer el siguiente milagro: Yo tengo una mula; la tendré sin comer por tres días continuos, pasados los cuales nos presentaremos juntos ante ella: yo con el pienso, y tú con tu sacramento. Si la mula, sin cuidarse del pienso, se arrodilla y adora ese tu Pan, entonces también lo adoraré yo.

Aceptó el Santo la prueba y se retiró a implorar el auxilio de Dios con oraciones, ayunos y penitencias.

Durante tres días privó el hereje a su mula de todo pienso y luego la sacó a la plaza pública. Al mismo tiempo, por el lado opuesto de la plaza, entraba en ella San Antonio, llevando en sus manos una Custodia con el Cuerpo de Cristo; todo ello ante una multitud de personas ansiosas de conocer el resultado de aquel extraordinario compromiso contraído por el santo franciscano.

Encaróse entonces el Santo con el hambriento animal, y, hablando con él, le dijo:

—En nombre de aquel Señor a quien yo, aunque indigno, tengo en mis manos, te mando que vengas

TOMÁS PORTO

luego a hacer reverencia a tu Creador, para que la malicia de los herejes se confunda y todos entiendan la verdad de este altísimo sacramento, que los sacerdotes tratamos en el altar, y que todas las criaturas están sujetas a su Creador.

Mientras decía el Santo estas palabras, el hereje echaba cebada a la mula para que comiese; pero la mula, sin hacer caso de la comida avanzó pausadamente, como si hubiese tenido uso de razón, y, doblando respetuosamente las rodillas ante el Santo que mantenía levantada la Sagrada Hostia, permaneció en esta postura hasta que San Antonio le concedió licencia para que se levantara.

Bonvillo cumplió su promesa y se convirtió de todo corazón a la fe católica; los herejes se retractaron de sus errores, y San Antonio, después de dar la bendición con el Santísimo en medio de una tempestad de vítores y aplausos, condujo la Hostia procesionalmente y en triunfo a la iglesia, donde se dieron gracias a Dios por el estupendo portento y conversión de tantos herejes.

Santísimo misterio de Daroca

Daroca, la pequeña ciudad aragonesa, es la primera población española —y aun del mundo— que estableció una fiesta pública en honor del Santísimo Sacramento. Antes de que, desde el monte Cornillón, de Lieja, se pida la fiesta del Corpus; antes de que Cristo sensibilice su milagroso poder en Orbieto, Daroca celebra ya su fiesta eucarística con extraordinaria solemnidad, trasladando procesionalmente los

Santos Corporales fuera de sus murallas y mostrándolos a los peregrinos desde la Torreta, extramuros, sobre la que predicó San Vicente Ferrer.

El milagro sucedió en 1239, cuando las tropas cristianas de las comunidades de Daroca, Teruel y Calatayud, bajo el mando del general Berenguer de Entenza, se disponían a conquistar desde el monte Codol el castillo de Chío, cerca de Luchende, en poder de los moros, a 17 kilómetros de Játiva.

Antes de la batalla, el capellán, don Mateo Martínez, rector de la parroquia de San Cristóbal de Daroca, celebró Misa, consagrando seis Formas más para la comunión de los capitanes de los tercios, e inmediatamente después de la consagración se desencadenó un repentino ataque de la morisma, que obligó a todos a dejar el sacrificio para enfrentarse con el enemigo, y al capellán, tras de comulgar, a ocultar las seis Formas, envueltas en los corporales, bajo unas piedras, en evitación de que pudieran ser profanadas. El ataque fue superado por los aragoneses, y, al querer el sacerdote rescatar las Formas ocultas en el pedregal, las encontró tintas en sangre y pegadas a los corporales.

Patente milagro sirvió de estímulo a las tropas cristianas que, llevando como bandera los Santos Corporales, obtuvieron sobre los moros decisiva victoria.

Sólo que, enfervorecidos los capitanes y codiciosos de que en los lugares de su origen se guardase la preciosa reliquia, hubieron de echar a suerte su destino por tres veces, correspondiendo las tres a Daroca el favor de la custodia; mas, disconformes aún, decidióse, por el general Berenguer de Entenza, que fueran cargados sobre una mula tomada a la moris-

ma y que jamás hubiera pisado tierra cristiana, abandonando a su instinto la decisión divina y dando por bueno el lugar donde la bestia se detuviera. La mula cruzó de largo Teruel, seguía el séquito procesional para llegar, luego de cincuenta leguas de andadura, a las cercanías de Daroca, por cuyas puertas entró hasta detenerse en el entonces hospital de San Marcos. En este momento, aquel 7 de marzo de 1239, dobló las rodillas y cayó muerta, dejando para Daroca el inapreciable tesoro y el singular favor de la guarda de la Preciosísima Sangre de Cristo.

En 1261, diputados especiales por Daroca y el Cabildo, acudieron a Roma a fin de informar al Papa Urbano IV sobre el milagro, siendo introductores de los síndicos los doctores San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino, los cuales inclinaron el ánimo del Pontífice a declarar la solemne fiesta del Corpus. En 1344 el Papa Eugenio IV concedió la celebración del año jubilar cada decenio, para conmemorarlo.

Reinando Sixto IV, que había suspendido las indulgencias de la cristiandad por las Cruzadas, firmó la bula *Agni Inmaculati,* en 1473, por la que se establece la norma definitiva de los años jubilares darocenses.

El milagro de El Cebrero

A unos tres o cuatro días de Santiago de Compostela, y a 1.300 metros sobre el nivel del mar, se encuentran los montes cuyo paso se llama puerto de El Cebrero. Los romanos lo utilizaron en su segunda entrada a Galicia, pues la primera vez habían pasado

por la Lusitania. Las legiones de Octavio Augusto penetraron por El Cebrero para incorporar Galicia al Imperio, de manera definitiva, y en las cercanías construyeron la calzada que unía Lugo y Astorga.

En el Camino de Santiago

La importancia de El Cebrero surge cuando se descubre el sepulcro del apóstol Santiago, en los primeros años del siglo IX, y comienzan los peregrinos europeos a recorrer el «camino de Santiago». En aquel mismo siglo se construyó, en lo alto de la montaña, un hospicio para los peregrinos, y un caballero francés, Giraldo de Aurillac, funda una abadía benedictina, que atiende un hospital y un albergue de peregrinos.

En esta montaña, también la época medieval dejó sus recuerdos legendarios. Algunos eruditos han creído que se trataba de la misma en donde se conserva el tabernáculo que custodia el Santo Grial, el cual, según los trovadores germanos, se guardaba en una montaña occidental de España, en la ruta de las peregrinaciones.

Escenario del milagro

La abadía benedictina se mantuvo hasta el siglo XIX. Después, el olvido ha caído sobre este paisaje frío y desolado, escenario de pastores y rebaños solitarios. Sin embargo, El Cebrero sigue siendo un lugar que interesa por causa del Santo Milagro. Se dice que esta localidad ha inspirado el tema de Parzeval, que Wagner transformó en Parsifal, el caballero elegido por Dios para hacerse con el cáliz de la

Ultima Cena, encerrado en el tabernáculo de Montsalvat.

El cáliz de El Cebrero es, sin embargo, un ejemplar mucho más reciente que el que buscaba el caballero. Es románico y muy sencillo, de plata dorada, con copa semiesférica de pie cónico adornado por flores de lis. Tiene dos inscripciones latinas en caracteres del siglo XII, que dicen: «En este cáliz se consagra lo que a todos da la vida en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y de Santa María Virgen». En este cáliz ha ocurrido el milagro de El Cebrero.

La historia se narra en la crónica del P. Yepes, de la Orden Benedictina, y se recuerda en dos bulas pontificias del siglo XV.

El devoto loco

En una aldeíta que se encuentra en el lado norte de la montaña, llamada Barjamayor, vivía, hacia la mitad del siglo XIII, un vasallo del priorato, muy conocido por su extraordinaria devoción a la santa misa.

Era un invierno muy crudo y la nieve había cubierto literalmente el monasterio, la iglesia y el hospital. Un día de aquel invierno, el capellán del monasterio, mientras celebraba la misa, notó que alguien entraba en el templo cuando justamente acababa de consagrar las dos especies.

La presencia del labrador fue para el celebrante una verdadera sorpresa, pues le pareció una temeridad salir de casa con un tiempo semejante. Le pareció al fraile que aquello era una locura, y dijo para sí: «Aquí viene un loco, con esta tempestad, para ver un poco de pan y un poco de vino». No había termi-

nado de decir esto cuando, ante sus ojos, la hostia se había transformado en carne y el vino en sangre. Durante doscientos años, la hostia y la sangre del milagro fueron conservados en vasos sagrados.

Adoración de los Reyes Católicos

Al final del siglo XV, los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, pernoctaron en El Cebrero, en su viaje hacia Santiago de Compostela, adoraron el milagro y regalaron al santuario el relicario que se conserva hoy allí, donde hasta ahora se guardan las pruebas del mismo milagro.

En los primeros años del siglo XVII, el P. Yepes escribía: «Yo, aunque indigno, he visto y adorado este santo misterio. He visto las dos ampollas: en una de ellas está la sangre, que parece apenas coagulada, roja como la de un cabrito recién sacrificado; he visto también la carne, que es roja y seca».

Los labradores cuentan que la Virgen de El Cebrero adoró el milagro inclinándose. La Virgen de El Cebrero es un bellísimo icono bizantino.

P. A. *"Signo"*

Santa Clara hace huir a los sarracenos

El emperador Federico II, tristemente célebre por sus sentimientos hostiles a la Iglesia Católica, desoló el país de Spoleto, perteneciente a los Estados Pontificios, pasándolo todo a sangre y fuego. Asalariados sarracenos le ayudaban en tan criminal empre-

sa, quienes se ensañaban especialmente contra las iglesias, conventos y todo lo más santo y sagrado.

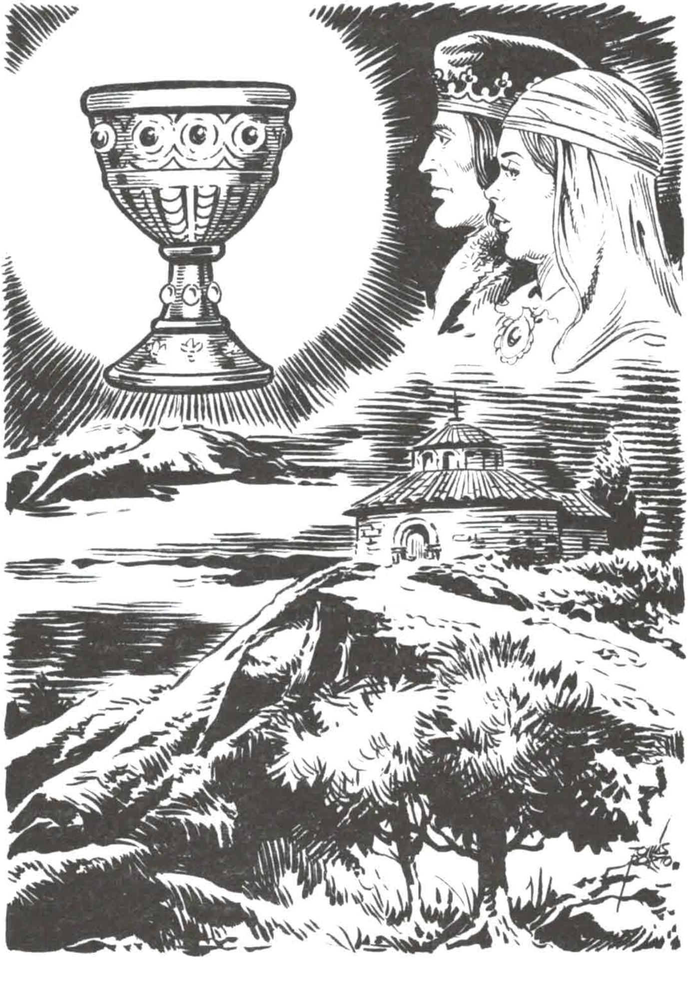
Habiendo sitiado aquellas hordas sanguinarias la ciudad de Asís, vieron el convento de San Damián contiguo a las murallas, y determinaron penetrar en él, deseosos de ejecutar dentro de su sagrado recinto los más infames crímenes.

Estaban ya los musulmanes a punto de subir las murallas, cuando Santa Clara, sabedora del peligro que amenazaba, se hizo trasladar de la enfermería, donde estaba enferma, a la puerta del convento, y ordenó que fuera llevada allí mismo la Custodia con el Santísimo Sacramento.

A la vista de los enemigos del nombre de Cristo que iban a dar el salto, se postró la Santa delante del Señor, y derramando abundantes lágrimas le rogó, diciendo: "¿Habéis ¡oh, Señor!, de entregar en manos de estos bárbaros a tantas siervas que eduqué en vuestro amor y santo servicio?... Protegedlas, os lo suplico, ahora que yo no las puedo defender..." En aquel solemne momento se oyó una voz que salía del Santísimo Sacramento, y decía: "Yo os protegeré siempre". Al punto se sintieron los enemigos sobrecogidos de un espantoso terror, y bajando precipitadamente de las murallas huyeron a la desbandada.

La Iglesia honra la memoria de Santa Clara el día 11 de agosto, y su muerte tuvo lugar el día 11 de agosto del año 1253.

(Padre Pedro de Rivadeneira, S.J., *Flos Sanctorum.*)



El milagro de la calle de Billets

Una pobre mujer, para desempeñar un hermoso vestido que tenía en poder de un judío, se comprometió con él a entregarle una Sagrada Hostia.

Al efecto, llegado el día de Pascua y recibida la Comunión, guardó, disimuladamente la Forma consagrada y se la llevó al judío. Este, colocándola sobre una mesa, le clavó repetidas veces la punta de un cortaplumas y vio con estupor que brotaba sangre. Pero en vez de conmoverse, asiendo un clavo y un martillo, la traspasó con diabólico furor. La sangre corrió con mayor abundancia; poseído de espantoso vértigo, arrojó la Hostia al fuego; mas elevándose intacta de allí, comenzó a moverse por el aire alrededor de la pieza. Cogióla el judío y la introdujo en un caldero de agua hirviendo. La Hostia se elevó sobre el caldero y dejó enrojecida el agua. En esto llegó la mujer del judío y vio la Hostia transformada en Jesús crucificado... Entonces el judío se retiró confuso...

Instantes después, uno de los hijos del judío, saliendo a la calle, descubrió el hecho a los transeúntes que se dirigían a oír Misa: "¿Dónde vais?" "Vamos a adorar a Dios" —respondióle uno. "No vayáis inútilmente, porque vuestro Dios no está en la iglesia; mi padre acaba de matarle".

Los transeúntes, considerando que desvariaba, siguieron su camino sin hacer caso; sólo una mujer, suspicaz o curiosa, quiso saber lo que aquellas palabras significaban y, con pretexto de pedir fuego, entró en la casa del judío. Atónita, vio allí la Hostia

en el aire. La adoró y comunicó a las autoridades eclesiásticas el hecho.

El judío y su mujer fueron detenidos y declararon todo lo ocurrido. Instado el judío para que se convirtiera, se resistió empedernido, por lo cual la Justicia lo condenó a muerte. En cuanto a su mujer y sus hijos, la evidencia del milagro presenciado los movió a convertirse y recibieron el bautismo.

La Hostia milagrosa se conservó en la iglesia de San Juan, hasta la revolución de 1789. En el lugar de la casa donde se perpetró el sacrilegio, se edificó una iglesia llamada hoy *Saint Germain des Billets*.

Este hecho portentoso se verificó en París, el año 1290, y es citado por autores de solvencia histórica digna de crédito.

Santísimo Misterio de San Juan de las Abadesas

El conde Vifredo, en 887, fundó un monasterio en el Pirineo catalán, alrededor del cual se agrupó pronto la población que hoy se llama "San Juan de las Abadesas", en la provincia de Gerona y diócesis de Vich, a las orillas del río Ter.

En 1251 se construyó para la iglesia del monasterio un grupo escultórico de madera, representando el descendimiento de la Cruz: lo componían las imágenes de Jesús y su Madre, José y Nicodemus, con San Juan, el discípulo amado, y los dos ladrones. Las esculturas, que sobrevivieron a la época roja de 1936, están dotadas de un gran sentimiento y emotividad. La cabeza, sobre todo, de Jesús, es de una imponente hermosura. Y en la frente de ella mandó abrir el ar-

tista una cavidad de unos seis centímetros de diámetro, con el fin de colocar dentro la Sagrada Eucaristía. Y así se hizo, depositando una Hostia consagrada dividida en tres fracciones.

El caso es que la memoria de aquella Hostia oculta en la cabeza del Crucifijo se había borrado al llegar al siglo XV.

Pero en 1426, al renovar la pintura de las imágenes y observar que la del Crucifijo tenía en la frente una placa de plata, hallaron dentro un pequeño lienzo de lino blanco, y, envuelta en él, la Hostia consagrada en 1251 del todo incorrupta, que en adelante fue venerada allí mismo durante cinco siglos con el nombre de "Santísimo Misterio de San Juan de las Abadesas".

Todos veían, pero él no

En el año 1254, un sacerdote que acababa de distribuir la Comunión pascual en la iglesia de San Amado, en Douai (Flandes), encontró una Hostia en el pavimento. Vivamente afectado, arrodillábase para recogerla, cuando ella por sí misma se levantó y fue a colocarse encima del purificador.

El sacerdote llamó enseguida a los canónigos; acudieron éstos y quedaron maravillados viendo, no ya la Hostia, sino el sagrado Cuerpo de Jesucristo, bajo la forma de un niño de una hermosura celestial. También fue convocado el pueblo y todos, indistintamente, fueron testigos del prodigio.

"Como este milagro metiese mucho ruido, traslSadéme personalmente a Douai, fui a la iglesia de San

Amado, y habiéndome dirigido al deán, a quien conocía, le supliqué me dejase ver la Hostia milagrosa.

Dio él sus órdenes, abrióse el copón y vi la santa Hostia. A todos los circunstantes les oí exclamar que veían al Salvador... Pero yo no veía otra cosa que el Sacramento en forma habitual'' —dice, en su relación de este milagro, un historiador de la época.

''Sorprendido y contristado —sigue diciendo dicho escritor—, consulté con mi conciencia para saber si tal vez alguna falta secreta me privaba de la gracia que a todos los demás regocijaba, cuando, en medio de sentimientos que no acierto a explicar, divisé la adorable faz de mi Señor Jesucristo. No era un niño el que yo veía; su cabeza estaba algo inclinada sobre el pecho; hallábase coronada de espinas y dos gruesas gotas de sangre se deslizaban por sus mejillas... Caí de hinojos, adorando al Señor y derramando fervorosas lágrimas... Cuando me levanté, había desaparecido la sangrienta corona, y vi únicamente a mi divino Maestro, tal como debía ser durante los últimos años de su vida pública; su frente era alta y majestuosa, flaco su rostro y un poco inclinados el cuello y la cabeza. Todo respiraba bondad en esta divina faz''.

El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo se distinguía tan pronto bajo una forma como bajo otra diferente; unos lo veían extendido en la Cruz, otros en la majestad del Juicio y la mayor parte bajo la figura de un niño.

Este milagro fue examinado jurídicamente y autorizado por la Autoridad Eclesiástica de aquel tiempo.

(Tomás de Cantimprato, citado por Barón, y ambos por Traval, en *Prodigios Eucarísticos).*

El milagro de Bolsena

En la Basílica de Santa Cristina de Bolsena se guardan con celo, desde hace siete siglos, las reliquias menores del milagro de Bolsena —una de las piedras sagradas sobre las cuales se perciben todavía bien visibles grumos de la preciosa Sangre del Redentor—, que han alimentado la piedad de generaciones y generaciones de fieles.

El hecho eucarístico milagroso acaeció hacia 1264, en una región que fue testigo de las vicisitudes del papado, y va vinculada al nombre de dos de los más poderosos exponentes del pensamiento teológico: Tomás de Aquino y Juan Fidenza, más conocido con el nombre de San Buenaventura.

* * *

Un sacerdote de Praga, atormentado por dudas acerca de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, mientras dividía la Hostia santa en la celebración de la Misa, vio el corporal lleno de sangre que brotaba de las sagradas especies. Asombrado y aturdido por tan gran prodigio, le vino la duda de si había de terminar o seguir la Misa.

En la esperanza de ocultar a los presentes lo sucedido y con el deseo de pedir ayuda y explicación a la competente autoridad, resolvió suspender la celebración de la Santa Misa, y, recogidas las sagradas especies en paños sagrados, corrió a la sacristía, sin reparar que, en el trayecto, algunas gotas de la preciosísima Sangre habían caído sobre el mármol del pavimento. Esto sucedía en la Basílica de Santa Cris-

tina, sobre el altar puesto bajo el baldaquino de mármol lombardo.

Cuando acaecía este milagro, era Ministro General de los Franciscanos Juan Fidenza, conocido bajo el nombre de Buenaventura de Bagnorea, ciudad natal del Santo, a pocos kilómetros de Bolsena. Profundo conocedor de los hombres y de los lugares, el Doctor Seráfico fue encargado por el Papa Urbano IV de presidir la comisión de teólogos instituida para controlar la verdad de los hechos.

Realizado su cometido por la comisión, confirmó la verdad del milagro, y el Papa ordenó a Jaime Maltraga, Obispo de Bolsena, que le llevase a Orbieto, donde tenía su residencia, el sagrado corporal, el purificador y los linos manchados de sangre. Acompañado el Papa de su corte, salió al encuentro de las sagradas reliquias, y, en el puente de Rivochiero, tomó entre sus manos el sagrado depósito y lo llevó procesionalmente a Orbieto.

(Tomo estas noticias de *L'Osservatore Romano,* 21 de mayo de 1961, pág. 6. P. Deodato Carbajo. O. F. M.).

"Las Santas Dudas" de San Daniel y de la Catedral de Gerona

En la iglesia del antiquísimo Real Monasterio de Benedictinas de San Daniel, pueblecito cercano a Gerona, se guarda un relicario, joya inestimable, que contiene algo milagroso, envuelto en un trozo de tela teñida en sangre, que la piedad popular ha llamado siempre "La Santa Duda".